

editorial

22 NOV



LA SEMANA SOCIAL DE LEÓN

NO ha logrado especial espacio en los medios informativos la XXIX Semana Social de España, celebrada en León del 22 al 26 de octubre. Quizá haya contribuido a ello la plena coincidencia de sus sesiones con las cuatro últimas jornadas, decisivas y ardientes, del Sínodo de los obispos. El centro de interés de los católicos españoles, como los de todo el mundo, se desplazó a lo que pasaba o dejaba de pasar en Roma. Y Roma eclipsó a León. Pero a dos semanas vista de la clausura de la Semana Social, nos parece oportuno reasumir y ponderar las cosas para situarlas en el lugar que les corresponde.

El primer mérito que debemos anotar en el haber de la Semana Social de León es el mismo hecho de su celebración. Cuatro años llevaba de barbecho esta institución, que, por vía ordinaria, venía reuniéndose anualmente en algún punto de nuestra geografía para estudiar a fondo un tema monográfico particularmente vivo para la conciencia cristiana. Muchos temían ya que se hubiera abierto un nuevo paréntesis en la trayectoria histórica de las Semanas Sociales de España. Es bien sabido que nacieron en 1906, pero desde 1912 a 1933 dejaron de celebrarse, así como desde 1934 a 1949. Podría decirse que los vientos fuertes que traen y se llevan las grandes crispaciones sociales no propician la floración de las semanas.

Si la organización y puesta en marcha de cualquier Semana Social fue siempre difícil, la de este año tenía encima dos «handicaps» especiales: la de romper la inercia que actuaba en contra y la del tema elegido. Pero este segundo punto merece consideración aparte.

La sociedad española en transformación fue el tema central que se eligió para la XXIX Semana Social. Resulta curioso subrayar que la designación de este eje de reflexión se realizó hace cinco años como algo ya realmente vivo y comprometido. Pasado un lustro, su actualidad y vigencia no sólo no se ha desvirtuado, sino que, como salta a la vista, ha cobrado todavía más altas cotas.

El tema implicaba, además, peculiar dificultad por su misma entidad y amplitud. Esto lo vieron en seguida los organizadores, y, antes de dejarse devorar por su inmensidad, procedieron a ponerle balizadas hasta dejarlo acotado en tres espacios particularmente interesantes: la familia, el mundo del trabajo y el sistema de educación. La misma reflexión sobre estos campos se ciñó también a sólo tres aspectos básicos: el sociológico, el psicológico y el teológico.

Casi desde su misma fundación, las Semanas Sociales se concibieron como una cátedra ambulante de la

doctrina social de la Iglesia. De ahí también que su metodología fuera fundamentalmente magisterial, en el sentido clásico de la palabra: maestros ilustres que imparten ciencia y experiencia a discípulos que oyen, preguntan, aceptan, discuten o rechazan la docencia. Pero la Pedagogía ha sufrido también importantes matizaciones y cambios. Hoy priva a todos los niveles el método activo. La ciencia no se da hecha, sino que se enseña a buscarla. La Semana Social de León ha discurrido por este camino. No se propuso transmitir el pensamiento y las consignas oficiales de la Iglesia, sino más bien de buscar, con el esfuerzo de todos, «nuevas luces, abrir vías fecundas de reflexión ulterior y ofrecer un progreso en el pensamiento, animados siempre por el amor y el deseo de contribuir sinceramente al bien del propio país en el importante momento actual». La cita pertenece a la carta del cardenal Villot al consiliario de las semanas sociales de España, monseñor Montero.

Como quiera que se trataba de un encuentro abierto a todos, sin la más leve discriminación, con un tema candente por delante y en una coyuntura particularmente tensa por múltiples conceptos, era de esperar que en determinados momentos saltaran chispas que sólo quedaron en eso. Y nosotros no vamos a darles ahora la importancia que no tienen y que nadie les dio.

¿Frutos concretos? Algunos esperaban, como era habitual en las semanas anteriores, desarrolladas al hilo de la antigua metodología, que en la sesión de clausura se hicieran públicas una serie de conclusiones, declaraciones o ideario en torno a los puntos estudiados. Pero los responsables de la organización ni siquiera pensaron en ello. La última sesión consistió en una concelebración eucarística presidida por los preladados y sacerdotes asistentes. Porque las celebraciones litúrgicas, nos es grato señalarlo, han ofrecido en la Semana un espacio distinguido para la oración comunitaria. Y esto hay que contabilizarlo también en positivo.

En último término, tampoco ha quedado en blanco el aspecto doctrinal de la Semana de León. Quedará para todos como guía de reflexión y actuación, la hermosa carta, en nombre del Papa, del cardenal secretario de Estado a que antes nos hemos referido. Esto, por la parte magisterial. Por la de los asistentes, la adhesión, por aclamación expresa y fervorosa, a los dos señeros documentos sociales emanados recientemente del episcopado español: «La Iglesia y la comunidad política» y «Actitudes cristianas ante la actual coyuntura económica del país».

INCUNABLE

EN ESTE NUMERO:

- LA SALVACION FUERA DE LA IGLESIA, por Ricardo Lombardi (p. 6).
- EL P. DANIELOU, por Henri de Lubac (p. 18).
- SILOS, por Lamberto de Echeverría (p. 22).